

# BLANCO WHITE

Rebelde, lúcido y errante

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

**H**ubo una época no muy lejana en que se pudo afirmar que era uno de nuestros grandes olvidados y que, más que un olvido, padecía un anatema lanzado contra el español que se atrevió a ahondar más en su disección de los males de la patria. Los pocos que se le acercaron durante el siglo posterior a su muerte lo cubrieron de oprobio, como Menéndez Pelayo, o de defensas cuajadas de incompreensión, como Méndez Bejarano, en ambos casos amontonando mucha y buena erudición. Pasó más tiempo. En un trabajo pionero Juan Goytisolo, reivindicando la heterodoxia y el exilio, cifraba en Blanco la quintaesencia de la España inconformista y con ello sembró en muchos la semilla de una curiosidad y una simpatía, casi siempre alentada desde un anhelo progresista y modernizador”.

Con estas frases precisas y consecuentes —como lo serán las restantes que entretejen su excelente libro— resume Fernando Durán\* la acogida dispensada en el mundo hispánico a la obra de José María Blanco White hasta el momento en que se dispuso a elaborar lo que él mismo califica de ensayo biográfico. Una forma modesta de presentar este ambicioso y cumplido empeño en el que el aspecto cuantitativo —más de seiscientas páginas— es sólo un indicio de su envergadura. Porque, en efecto, figuran los datos biográficos necesarios y suficientes para seguir el complejo itinerario vital del personaje, pero eso era algo que estaba ya al alcance de cualquier lector gracias al papel desempeñado por los que se han ocupado de Blanco en los

últimos treinta años —Vicente Lloréns, Antonio Garnica, Manuel Moreno Alonso, André Pons, Martin Murphy— y, por tanto, como añade Fernando Durán: “quejarse hoy de que se posterga a Blanco White sería repetir un tópico por pura pereza mental, puesto que, gracias a los investigadores dichos, es ya uno de los literatos que mejor se conoce y acaso el más editado de su generación”.

Esta disponibilidad de datos y textos no tiene, sin embargo, igual fortuna en lo que atañe a las interpretaciones globales de su labor. Así, su vida inglesa y aspectos de su obra aparecen todavía lastrados por las reivindicaciones emprendidas en la década de los sesenta del pasado siglo. De ahí que subrayando desde los inicios el carácter ensayístico de su trabajo, Fernando Durán ha querido indicar que en estos momentos ese es el enfoque que el escritor sevillano demanda, sobre todo en un libro que no aspira a “llenar un hueco investigador ante la comunidad académica tanto como un hueco cultural ante los lectores españoles”. Se ha propuesto, pues, evitar que su figura quede “muerta en la sala de autopsias de los eruditos”, o permanezca demasiado ceñida al enfoque impuesto por los que la habían utilizado “como rehén para ganar otras batallas” personales e ideológicas.

En efecto, en los últimos años, Blanco ha sido víctima de la persistencia de una misma línea interpretativa, que ha enfocado su *problema* exclusivamente en su conflictiva relación con España. Como consecuencia, se ha insistido hasta el hastío en su trauma ante las circunstancias políticas, sociales y religiosas de su país de nacimiento, proponiéndolo como el apátrida que, con el ejemplo de su propia vida y la lucidez de una pluma mojada en

hiel, desvelaba la ferocidad de España. Por tanto su peregrinación intelectual se ha contemplado siempre en función de España, siempre hipotecada por su problema con España. Pero eso, no es suficiente para dar cuenta de la compleja y rica andadura de Albino, de Blanco Crespo, de Blanco White, de Leocadio Doblado, de Juan Sin Tierra: nombres —o “vestiduras literarias”— que van a enmascarar cada uno de los tránsitos que le llevarán de Sevilla a Madrid, de nuevo a Sevilla, a Cádiz, a Londres, a Oxford, a Liverpool. Tránsitos que significaron no sólo cambios de lugar, sobre todo fueron la ocasión para que se consolidasen deseos y propósitos al calor de otra geografía y de otra cultura. A este respecto, seudónimos y ciudades resultan válidos para configurar las etapas de un itinerario que de otra manera es difícil de hilvanar e interpretar. A ellas, en gran parte, se ha atendido Fernando Durán, porque lo que motiva y da sentido a estos traslados no es de manera exclusiva la “huida”, hastiado de un país al que considera imposible de reformar —“España (con dolor lo repito y con pena lo he creído por mucho tiempo) España es incurable”— sino también el exigente rigor intelectual de “un hombre en diálogo permanente con su conciencia, que nunca le tolera caminar demasiado tiempo en compañía de nadie antes de formular nuevas preguntas, aunque eso le conduzca al desarraigo y a la soledad.”

## La imagen peregrina de un hombre moderno

Interpretado desde esta perspectiva, el *problema* de Blanco sobrepasa y va mucho más allá del conflicto con su primera patria, tiene una connotación mucho más europea: la imagen peregrina de un hombre mo-

derno estigmatizado por su afán de búsqueda y de verdad. Por ello, puede considerársele como “una conciencia errante, pero nunca errática” ya que esta necesidad de búsqueda acabó constituyendo “su auténtica patria.” Así, pues, alejar a José María Blanco de “los vapores aromáticos —y a la vez somníferos— del localismo” resultaba indispensable para mostrar que en él “es de mayor valor lo que tiene de universal que lo que lo señala como español.” Una búsqueda como la suya exigía extrañamiento y “lo que seduce de su personalidad es justamente el denodado tesón puesto, no una sino varias veces, en reinventarse, en transplantarse a una conciencia diferente.”

Eso no significa que se eludan en el libro sus vivencias en la Sevilla de finales del XVIII, con sus muchas sombras y pocas luces, lo propio de una ciudad que él denominó sede del fanatismo. En ella transcurrió la infancia y la adolescencia de José María Blanco, y a esos años tan determinantes dedica Fernando Durán admirables páginas que permiten captar cómo “el esfuerzo desplegado para adoctrinarlo en el catolicismo más ortodoxo y devoto dio fruto en su mente infantil. Era, por tanto, un niño religioso; no podía ser de otra forma, pero esa era la fe que se introduce en un cerebro vacío, donde no han despertado aún ni el raciocinio ni la conciencia. Acepta lo que se le dice, sin pensarlo ni hacerlo suyo. Y el mensaje entra con facilidad porque va envuelto en una considerable cantidad de miedos, que son un resorte eficazísimo ante la inocencia de un niño. Creció rodeado de imágenes del infierno, de prédicas sobre el fuego eterno y los castigos reservados al pecador, de representaciones de mártires y santos con la expresiva estética contrarreformista y su gusto

\* Fernando Durán López: *José María Blanco White o la conciencia errante*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2006.

por impresionar a los sentidos con la muerte, el dolor físico, la enfermedad y la inmundicia del mundo terrenal.” Aquella situación social resulta básica para la comprensión de sus tribulaciones posteriores, a lo que habría que añadir un rasgo más íntimo, ya que “fue la debilidad de su carácter la que le hizo entrar en el sacerdocio, incapaz de desagradar a su familia [...] una familia profundamente católica[...] de irlandeses emigrados a España, como quiera que hubiesen sido víctimas de la persecución religiosa en su patria, solían figurar entre los más fieles siervos de la Iglesia.” Y, como consecuencia –continúa Durán– “esto me parece que explica buena parte de la agresividad y el encono que mostraría Blanco hacia España y hacia el catolicismo. No me cabe duda de que en un grado considerable es una proyección de sentimientos que no era capaz de dirigir abiertamente contra sus padres.”

#### De la Sevilla del fanatismo al Madrid de las tertulias liberales

Por fortuna, esa atmósfera oscurantista y represora no consiguió dominarlo por completo, de manera que “cuando en Sevilla ese adolescente sensible, atemorizado por las devociones religiosas en que había vivido, optó por pensar por su cuenta, no tenía ni idea de la energía interior que liberaba, y nadie a su alrededor lo podía adivinar. Esa rebeldía secreta es la semilla de la que germinará Blanco White”. Semilla que encontró pronto una ocasión propicia para incubarse con su voluntario traslado a Madrid en 1805, que le permitió, cuando menos, que su identidad como clérigo a los ojos de los otros pasase a un segundo plano y se le abriesen otros horizontes vitales y sociales. El ambiente cultural madrileño, con sus tea-



Blanco White

tros, tertulias –particularmente la de Quintana–, prensa y publicaciones, no significó todavía la ansiada libertad –de cuya necesidad ya había cobrado conciencia– pero sí le abrió una apreciable gama de novedades en la vida cotidiana. Al mismo tiempo, pudo adentrarse en el conocimiento de otras opiniones públicas liberales, en cuya formulación vio pronto que él también podía participar. De esta forma, siguiendo su ejemplar planteamiento biográfico, en el que información e interpretación deliberadamente se entretajan, Fernando Durán relata con bastante detención esta primera estancia importante fuera de Sevilla, tan crucial en la evolución de su personaje. Sobre todo por el descubrimiento del nuevo potencial que, para escribir y publicar, le brindaba la república literaria de Madrid: “una vez que se abre la puerta a la libertad de crítica, ésta siempre se hace más audaz, el crítico se va educando a sí mismo conforme transgrede sus límites.” Pero también descubrió otras formas de existencia, ya que “habiendo perdido la esperanza cristiana, se vuelve hacia el mundo terrenal para reformarlo o transformarlo” y para gozarlo, podría añadirse, dado que de esa época datan las primeras noticias de unas

aventuras eróticas que le proporcionarían, entre otros frutos, un hijo, destinado a ejercer posteriormente de “sombra silenciosa en su vida.”

El recorrido por este periodo sirve, además, para dar cuenta de otros dilemas morales con los que hubo de confrontarse, ya que los testimonios muestran que también él, en “aquel mundo repleto de dobleces,” rindió culto a la hipocresía y “contradiendo el tono [jacobino] imperante en los salones de la tertulia de Quintana [...] probó fortuna en los aledaños del poder de Godoy [...] Habían sido tiempos de envilecimiento colectivo y Blanco no escapó a la servidumbre del poderoso favorito.” Por tanto, “pagó el tributo exigido por un poder que detestaba, pero al cual necesitaba.” No excluye, pues, el biógrafo asomarse al mirador indiscreto que permite airear flaquezas, concesiones y debilidades. No son muchas pero había que manifestarlas, porque la cálida empatía que despierta el escritor sevillano en Fernando Durán ni le nubla la vista ni le desliza en ningún momento hacia lo hagiográfico, tentación frecuente en estos casos.

Pero tal vez lo más significativo de esta estancia madrileña es su entrega obsesiva a la política “que ab-

sorbe su energía intelectual y monopoliza sus anhelos, primero como lector y disidente secreto, y luego como aguerrido periodista liberal. Por supuesto que la cuestión religiosa le preocupa, y mucho, [ya que] para él la Iglesia se había convertido sobre todo en un trauma personal, porque estaba aherrojado en su sacerdocio, amenazado por la sombra de la Inquisición y el escándalo. Él más que nadie tenía deseos de una revolución que le liberara, pero esa revolución será política y, por tanto, fruto de una acción legislativa, no de una reflexión espiritual. No quería cambiar la religión, sino zafarse del poder que ella ejercía sobre él y sobre la nación.” Es decir, continúa Fernando Durán: “en el limbo de los años madrileños es probable que llegase a creer durante un tiempo en el espejismo de una España en la que sus males tuviesen remedio.”

#### Los dilemas de la Guerra: patriotismo o afrancesamiento

Como a tantos otros en su misma situación de expectativa, la caída de Godoy y la irrupción de las tropas francesas le provocó serias dudas: mantenerse patriota o decantarse por el afrancesamiento no fue fácil. Sus titubeos, su ambivalencia, muy bien descritos e interpretados en el libro, reúnen además el interés añadido de ser representativos de todos aquellos otros que también pensaban que “los franceses ofrecían un remedio a España que los españoles no podían lograr por sí solos”. Pero a pesar, en efecto, de esta “visión del problema de España [que] incluirá siempre un sombrío convencimiento de que el país carecía de madurez interior para salvarse a sí mismo sin presión de fuera, ya fuese de Napoleón o de Gran Bretaña”, José María Blanco y Crespo regresó, como patriota, en 1808 a Sevilla, donde se

siente obligado a recuperar, no sin angustia, sus antiguos papeles de hijo y sacerdote. Por fortuna ya en Madrid había aprendido a transformar su conflicto interior en rebeldía política y a buscarle una salida cívica a sus desgarramientos subjetivos. A partir de entonces pone “un paréntesis a sus incertidumbres personales y da una oportunidad a la salvación colectiva para España,” convirtiendo el *Semanario Patriótico* en el medio para difundir este empeño. Este periódico había surgido, en septiembre de 1808 como una emanación natural de la tertulia madrileña de Quintana ante la invasión francesa y mantuvo el mismo tono jacobino que prevalecía en el grupo. Al tener que trasladarse la Junta Central hacia el Sur, el hebdomadario vivió una segunda época en Sevilla, recayendo en Blanco la orientación básica de su línea política.

### El jacobino del *Semanario patriótico*

Fernando Durán —que ya había publicado un sólido trabajo sobre este periódico— enfoca aquel segundo intento de crear una opinión pública liberal con el detenimiento del que sabe que es uno de los puntos neurálgicos para explicar, por una parte, el porqué del inflamado estilo ensayístico de un Blanco “en plena efervescencia de ilusiones de libertad y al fin con una voz libre”, pero también el triste amasijo de intrigas y medias tintas que la Junta Central, como una rémora del Antiguo Régimen, opuso a las esperanzas democratizadoras. Es un año en el que este sevillano, aún en Sevilla y “entusiasmado con la mística antorcha revolucionaria con la que guía al pueblo hacia la tierra prometida [...] pretende convencer con los argumentos y conmovier con las palabras.” Así, pues, “experimentó el enardecimiento de descubrir la libertad de expresión, y se introdujo en una espiral que incrementaba semana a semana el número de los poderosos inquietados por las páginas que salían de la imprenta.” Mas estos artículos tan vibrantes y radicales serían su canto de cisne en Sevilla y en España, ya que, a pesar de la mediación de Quintana, las presiones de la Junta Central le obligaron a clausurar el periódico. De to-

dos modos, ya para entonces un nuevo personaje parecía presentirse “en el aviso final con que se cierra [*El Semanario*] y en sus testimonios acerca de esta época, se palpa la pasión del poder recién descubierto, de un protagonismo que contiene en embrión lo que va a desplegar en toda su amplitud en Inglaterra: la necesidad de ser escuchado, de influir en público, su tendencia a concebirse como héroe y mártir de una causa [...] Este deleite erótico en su propia celebridad le alienta a radicalizarse, a no transigir, a condenar la moderación”.

### Un pesimismo profundo lo aleja de España

Sin embargo, a principios de 1810, ante el delirio colectivo provocado por la nueva ofensiva francesa y la evacuación patriota hacia el reducido gaditano, “justo cuando podía prometerse recoger en Cádiz los frutos de su lucha,” se enfrían drásticamente las esperanzas revolucionarias de José María Blanco y Crespo, reaparece su anterior “pesimismo profundo acerca de España.” el mismo que le hace “desesperar de que pudiese liberarse de su letargo” y decide marcharse a Londres. A partir de ese momento será Joseph Blanco White tras una llamativa mudanza el que le sustituya y tome la palabra.

Para interpretar el porqué de este tránsito, tan decisivo en el destino posterior de Blanco, Fernando Durán sugiere que confluyeron dos factores: uno, más puramente político, le aconsejó que “si era verdad que España tenía poco remedio, el que quedaba se podría defender mejor desde Londres que desde Cádiz.” El otro motivo, relacionado con el anterior, surgió al percatarse de que “el conflicto colectivo —la revolución— se le había manifestado como un subproducto de su angustia individual, sublimada hacia un ideal político [porque] en España no había para él más remedio que mudar de raíz el orden social, político y religioso. Hasta 1810 creyó que era su deber apostar por esa revolución; después, vio [con notable lucidez] que era iluso esperar que se realizase, que se consolidase y que fuera tan profunda como para liberarle de su problema.” Por tanto,

cuando aparta su camino del de sus amigos liberales, él se mantiene igualmente radical, pero vislumbra cada vez menos posibilidades de salvación.

Hasta llegar a este episodio, el de su marcha a Inglaterra, ha transcurrido una cuarta parte de la biografía. A grandes rasgos, su itinerario coincide con el de muchos españoles de su generación. El centenar y medio de páginas ha permitido articular el desgarramiento personal que sufre y la tiranía a la que está sometido el país, entrelazando oportunamente la subjetividad de Blanco con los problemas cívicos de sus contemporáneos. Mas a partir de entonces, su andadura ya no tendrá semejanza con ningún otro español. Aquel patriotismo, al que casi siempre había otorgado menos valor que a la conciencia, fue arrinconado en un segundo plano y cumpliría con él desde Londres “pero lo haría como un hombre libre.” Podría decirse, pues, que lo que ocurre a partir de 1810, tal como él mismo expuso, “es una liberación de su conciencia,” al desatarse de España. Pronto el nuevo Joseph Blanco White, ávido de inmersión en la sociedad inglesa, se distanciará del José María Blanco y Crespo español. A lo cual contribuyeron también las controversias, disgustos, calumnias e incomprensiones que le depararon los cuatro años —de 1810 a 1814— que estuvo entregado a la escritura y difusión de los 47 números publicados de *El Español*.

### El Español: una voz en el desierto

Se trató, en lo físico y en lo intelectual, de un trabajo ímprobo, llevado a cabo en solitario. El periodista del anterior *Semanario Patriótico*, por polémicos que fuesen sus artículos, actuó como portavoz de una minoría pujante, difundiendo unas palabras silenciadas hasta entonces pero compartidas; el del *Español* será, por el contrario, leído desde España como una voz que clama desde el desierto; o, peor aún, desde la perspectiva interesada del *Foreign Office* británico. Su tarea, que pudo verse al principio como la propia de un emigrado que trata cosas de España para españoles, pasó a considerarse pronto la de al-

guien que buscaba labrarse una nueva identidad. Su carrera literaria se adentró, pues, en otra fase, al sentirse cada vez más atraído por la cultura política, religiosa y social que irradiaba la vida inglesa.

Por eso la comprensión de este último proceso no ha resultado nunca fácil, al tener que vincular debidamente el distanciamiento crítico con la península y la anglicización. Para la mayor parte de sus antiguos compañeros, la política probritánica que propugnó *El Español*, fue interpretada como un indicio de su deseo de integrarse y su comportamiento juzgado como una infamia en momentos tan cruciales. De ahí que el periódico desempeñase un papel más polémico que influyente. Pocos pensaron que si los ingleses le apoyaban por interés político, él, sin embargo, obraba por convicción personal. Y como resultado, se condenó a sí mismo a una definitiva expatriación, confirmada de una manera que no podía ser más expresiva: “es incompatible ser español con ser libre.”

Desde la perspectiva seguida por Fernando Durán, “tal mutación resultó en una identidad nueva, la de Juan Sin Tierra, ya no español, aún no inglés, un apátrida, cáustico, digno y dolorido,” que no ha sido fácil de entender ni de enjuiciar. Incluso puede añadirse que apenas se había intentado, porque, para mayor complicación, esa mudanza coincidió con otro evidente cambio, que le llevó del anterior radicalismo revolucionario a mayor moderación y conservadurismo político. Se manifiesta así lo aleccionador que fue para su mente la inmersión en la sociedad inglesa, al poder confrontar sus conceptos previos de libertades teóricas —de procedencia francesa— con las libertades prácticas de su nuevo país, en el que se abrió a otras fuentes de opinión y lecturas. Por tanto, este tránsito, este giro antijacobino, perceptible a partir del primer año de *El Español*, no fue la consecuencia de un “desengaño de la libertad, todo lo contrario: ¡ahora la estaba disfrutando! Y creía que sólo los ingleses habían sabido construirla y conservarla.”

Tras el cierre de *El Español*, cabía esperar, pues, que su angliciza-

ción se consolidase, pero dentro de esa elección surgirán otras mudanzas, ya que a partir de entonces, el teólogo, el controversista y el predicador colonizan el alma y los días de Blanco White. A este respecto, quizás cause sorpresa y extrañeza el itinerario religioso del sevillano: del catolicismo al ateísmo, al anglicanismo, con vaivenes dentro de sus anchos márgenes, y finalmente al unitarismo o cristianismo racionalista. Esta errancia deliberada, asumida y justificada posteriormente en sus escritos autobiográficos ha podido desorientar a muchos de sus estudiosos, que han preferido volcarse e indagar sólo en sus facetas más fácilmente comprensibles e instrumentalizables. Sin embargo ahí residía el reto, en no insistir, de manera aislada, en las secuencias temporales que airean ese malditismo revolucionario y heterodoxo que ha tenido garantizada, en los últimos treinta años, la complicidad del lector español. Quedarse en el Blanco únicamente determinado por el problema español ha supuesto ver su vida fragmentada en compartimentos estancos, ignorar casi la mitad de su andadura vital y desconocer hasta qué punto las nuevas dudas y arriesgadas decisiones tomadas en Inglaterra, a partir de 1814, fueron también digna prolongación de anteriores tribulaciones existenciales, igualmente representativas de un intelectual moderno.

### La mudanza inglesa: nuevas encarnaciones literarias

La mayor parte de los estudios y biografías han coincidido en ratificar que la obra periodística y literaria de Blanco mantiene su actualidad, y, sin embargo, consideran que “había malgastado” su tiempo con su dedicación posterior a la teología. Este prejuicio —recurso aparente de una cierta pereza— lo ha distorsionado Fernando Durán, armado con este criterio: “Me propongo que Blanco White no haya vivido en vano y que el lector pueda conocer los pormenores de ese legado espiritual, para desecharlos enseguida si no le placen,” y este otro: “no hay culpa en preferir una faceta de Blanco a otra, pero sí hay culpa en ignorar las otras máscaras que él vivió

con convicción y esperanzas.” Es decir: “no hay culpa en preferir al costumbrista ácido de las *Letters from Spain*, al crítico literario de *Varietades*, al periodista de raza de Sevilla, al francotirador del liberalismo desde Londres o cualesquiera de sus encarnaciones literarias que puedan conectar mejor con el hombre de hoy, pero sí hay culpa en ignorar que todas esas máscaras conducen derechamente a una que fue la que asumió con una convicción y una intensidad mayores, la de propagador de la fe cristiana.”

En consecuencia con esos propósitos concede en su libro “más desarrollo a los años ingleses no sólo porque abarcan la parte principal de la obra escrita del autor, sino porque son los menos comprendidos [...] y los más difíciles de contextualizar para un público español [...] Era necesario disipar la excesiva sensación de rareza con la que se ha impregnado la imagen del disidente sevillano.” Pero estos propósitos, para no quedar en meras propuestas teóricas, exigían adentrarse —y no meramente curiosarse— en el mundo social y político inglés y en la complejidad de sus formas religiosas. Terreno este último que casi siempre parece abonado para los que de una u otra forma tienen, o han tenido, una cierta familiaridad con la profesión religiosa. Pero no es este el caso, pues como el mismo Fernando Durán señala “No es preciso tener creencias religiosas —aclaro, por si vale de algo, que yo no las tengo de ninguna clase— para intentar comprender la obra teológica de un escritor y su vida a partir de sus propias convicciones, no de las nuestras.” Y sumerge a continuación a los lectores en unas decenas de páginas, que le han debido suponer un buen esfuerzo, para hacer comprensible el tupido tejido religioso inglés, con sus extensas constelaciones éticas, políticas y sociales: un generoso ejercicio de honestidad hacia los lectores españoles y hacia Blanco White. Pero cuando se asegura “que el Blanco White que más me interesa y me admira es el de los últimos quince años,” afirmación tan contundente había que justificársela a los lectores. Y el biógrafo lo ha conseguido hasta tal extremo que esas páginas de familiarización con el fenómeno religioso del anglicanismo ya de por sí constituyen un aliciente mayor para la lectura del libro.

### La doble perspectiva anglo-española

Este desplazamiento del enfoque biográfico hacia el itinerario inglés se hacía necesario porque no conviene olvidar que “el prestigio de Blanco White en el siglo xx se sustenta sobre ese cambio de perspectiva: la destreza para contemplar el ser de España desde dentro, pero al mismo tiempo desde fuera.” Por tanto “si no hubiera en él un grado de expatriación interior, no le hubiera sido posible adoptar un distanciamiento tan penetrante para diseccionar el cuerpo nacional, que conocía tanto como sólo puede hacerlo un español.” Mas si se admite que el valor y la actualidad de su mirada se la presta esa doble perspectiva angloespañola, hay que conocer los mecanismos que la posibilitaron. Hubo en él un deseo sincero de asimilarse a quienes le dieron asilo, pero eso no le supuso un mero acomodarse a las nuevas circunstancias, sino que mantuvo viva la dinámica de su conciencia y esa dinámica le condujo a la teología, a la predicación. El haber considerado a Blanco casi siempre desde una sola perspectiva, la española, obviando su implicación inglesa, ha impedido a su vez el contrastar —desde dentro— los dos mundos sociales, morales y religiosos en los que tuvo que debatirse. Y esa es una de las grandes aportaciones de esta nueva biografía.

En lugar de exaltar como se ha hecho habitual, silenciando toda su etapa posterior, la imagen heroica de un español rebelde y liberal, las tres cuartas partes de este libro ofrecen la imagen de una figura errante, por Londres, Oxford o Liverpool, víctima de sus propias tribulaciones personales. Causadas esta vez no por persecuciones políticas o religiosas sino por sus dramas íntimos, fomentados por la radicalidad de sus reflexiones. Esa fue la forma que escogió entonces de ser consecuente consigo mismo: “lo considero mi supremo deber, si no he vivido a fin de atestiguar fielmente los hechos de mi experiencia interior, he vivido en vano.” Y, en efecto, “le costó décadas descubrir el punto de equilibrio entre la razón soberana del individuo y la promesa universal evangélica.” Ese recorrido había que reconstruirlo porque alumbraba los vaivenes de

su peregrinación española, tanto como ésta anuncia al teólogo, al anglicano y al unitario.

Pocos personajes resultan más literarios y más complejos. Por eso requería un libro sabio e inteligente. Quizás era también lo que Blanco Crespo y Blanco White esperaban: contemplarse reunidos y no enfrentados. “Muchas biografías corren el riesgo de sufrir lo que podríamos llamar ‘muerte por burocracia’, por aspirar en exceso el aire viciado de los archivos.” No es este el caso, porque el autor mantiene un diálogo continuado con los otros estudiosos y con los papeles de Blanco, pero sobre todo se arriesga a incidir donde otros no se han detenido, y se arriesga también a pensar de nuevo, a reinterpretar lo que se había asentado como prejuicio. Fernando Durán califica así el estilo ensayístico de Blanco: “pretende convencer con los argumentos y conmovier con las palabras.” Otro tanto se podría decir de su propia escritura. Por eso —a pesar de la sensación de pesadez que pueden dar las comillas— se ha recurrido tanto en esta reseña a citarlo, como un adelanto para el que quiera, más tarde, disfrutar de sus buenas ideas y de su excelente prosa.

“Ni me arrepiento, ni me quejo —escribe Blanco a Alberto Lista en 1839— me duelo solamente de la intolerancia que me obligó a despatriarme. Lo haría mil veces, si fuese necesario.” Se podría fantasear pensando que si leyera esta biografía, tal vez se sintiera alentado para volver a su país de origen. Cuando, desde Inglaterra, publicó: “yo escribiría en español si alguna porción de país en que se hable esta lengua estuviese dispuesta a oírme sin reserva. Mas esto no es posible porque la lengua española ha llevado consigo la superstición y la esclavitud religiosa donde quiera que ha ido,” tendría sus razones para ello. Pero puede que ahora este libro sobre su vida y sus escritos le mostrase que en esta ocasión se le ha “oído sin reserva” y que el español es ya la lengua de la libertad por la que él tanto luchó. ■

**Alberto González Troyano** es profesor de Literatura española en la Universidad de Sevilla. Autor de *El Cádiz romántico*.